

Eugenio María de Hostos

"Las doctrinas y los hombres"

Uno de los deberes más sagrados del escritor de buena fe y de todo aquel que con ánimo recto y desinteresados propósitos aspira a ser útil a sus semejantes y servir la noble causa de la verdad consiste, sobre todo en épocas en que, como la presente, la anarquía moral lo invade todo, en poner de manifiesto con esa entereza que sólo la convicción y la lealtad pueden inspirar lo que hay de verdadero o de imaginario en las declamaciones con que los explotadores de las calamidades públicas se proponen en todas épocas extraviar el juicio de la multitud, siempre más impresionable que reflexiva.

Error muy grave y sistemáticamente difundido por los que en la involucración de las nociones de lo bueno, lo justo y lo útil cifran su medro es creer presto que los males públicos no se remedian, antes bien, van en aumento, y de día en día parece más difícil su correctivo; esto consiste únicamente en la maldad intrínseca de las ideas que se proclaman en el orden científico, o se aplican a la gobernación de los estados, confundiendo así lastimosamente lo que en las doctrinas hay de provecho con lo que en los hombres hay de egoísmo, torpeza o mala voluntad.

Las ideas pueden ser, y muchas lo son realmente, saludables y salvadoras, al paso que los hombres pueden ser, y en efecto muchos lo son, indignos representantes de ellas, o notables únicamente por su incapacidad de concebirlas en su recta significación, o por el insidioso empeño que ponen en desnaturalizarlas haciéndolas infecundas para el bien.

En ninguno de ambos casos puede ni debe atribuirse a las doctrinas la esterilidad de que las hieren la ignorancia, la estrechez de entendimiento o la perfidia de los que se llaman sus más genuinos intérpretes, y que en concepto de tales aspiran a ocupar los primeros puestos del estado, o los asaltan a favor de las luchas que por desgracia dividen a los hijos de una misma nación y a las naciones entre sí.

No, pues, en la conducta de los hombres, no siempre ajustada a la razón severa y al estricto deber, sino en el detenido, en el concienzudo estudio de las ideas en sí mismas y en sus relaciones con el estado actual de la inteligencia, de la cultura, del desarrollo social y político de los pueblos, y en el claro conocimiento de sus necesidades debe buscarse la clave de la diferencia que existe entre lo aceptable y lo que debe ser rechazado, entre lo beneficioso y lo nocivo, entre lo bello y lo deforme, entre el bien y el mal, entre la verdad y

la mentira.

Si la conducta de los hombres hubiese de ser la norma para apreciar los grados de bondad de las diferentes escuelas que se disputan el dominio del mundo religioso, filosófico y político, grande sería la incertidumbre, extraña la confusión que se apoderaría del ánimo de quien a tan falsa norma acudiese.

Si porque la conducta de los hombres es en la generalidad de los casos ininteligente, exclusivista o perversa fuese lícito inferir y afirmar que las doctrinas de que respectivamente se proclaman apóstoles o caudillos son en el mismo grado a propósito para inducir a la ceguedad del alma, al exclusivismo o a la perversidad, ¿cuál sería, cuál, el criterio a que debiesen subordinar sus juicios, absolutos o comparativos, el hombre honrado, el político amante de su patria, el que desea la felicidad de sus semejantes, el que rinde culto a la verdad, el que se propone, en fin, el triunfo de la justicia?

Aun cuando fuese cierto, que no lo es, por fortuna, que los hombres fuesen igualmente idólatras de sus intereses y ambiciones, igualmente ciegos o indiferentes al cumplimiento de sus deberes políticos no sería razonable, sino tan temerario como absurdo, el raciocinio que dedujese la maldad de todas las doctrinas de la maldad de todos los hombres.

Juzgar así y así inferir sería destruir por su base todo el orden moral, negar la Providencia que, en su infinita sabiduría, ha dado al bien condiciones de perpetuidad y de triunfo independientes de las pasiones y miserias humanas; sería, en una palabra, sumir el mundo intelectual en la profunda noche del caos.

Juzgar e inferir así sería, además, condenar indistintamente a todos los partidos a un idéntico anatema; sería quitarles todo medio de defensa, toda razón para ejercer su respectiva propaganda, todo título para creerse mejores o más sabiamente inspirados que sus adversarios, puesto que no habiendo en ninguna agrupación política hombres impecables, ni caudillos infalibles, ni seres privilegiados, y debiendo juzgarse de las doctrinas por los actos de sus partidarios, resultaría, en definitiva, dado que éstos no aciertan a labrar la felicidad pública, que las doctrinas proclamadas por los bandos militantes son igualmente erróneas e igualmente ineficaces para el engrandecimiento, la gloria o la salvación de las naciones en sus días de prueba.

¿Hay algún partido, desde los más retrógrados hasta los más avanzados, que acepte de buen grado esta terrible consecuencia? No lo hay, no puede haberlo, no lo habrá nunca. Y, no obstante, esa consecuencia, que concluirá irremisiblemente por hacer del estúpido escepticismo y del triste abandono de todo estudio un código y una religión, es lo único que lógicamente se desprende del empeño que algunos muestran en hacer cómplices, si así puede decirse, a determinadas doctrinas, de la necia o maquiavélica conducta de determinados individuos.

Al expresarnos como lo hacemos nada prejuzgamos, porque no es llegado aún el día del examen detallado de la bondad de tales o cuales ideas y de su superioridad sobre las contrarias, y respetamos, por lo demás, el derecho que a cada parcialidad asiste de abogar por la supremacía que en su concepto

debe darse a las que constituyen su credo político; derecho a que, por nuestra parte, jamás renunciaremos. Lo que deseamos, lo que pedimos, es que no se mida el valor de una idea o del proceder de sus intérpretes en la vida pública o en la privada.

Queremos que se estudie y se comprenda a fondo la significación de las doctrinas en sí mismas; estudio que, al paso que desarrollará eficazmente la educación política del pueblo, porque le pondrá en el ventajoso caso de formar por sí mismo exactos juicios acerca de las diferentes doctrinas que se disputan su favor y apoyo, dejará reducidos a muchos hombres a su verdadero valor, a su justa importancia, despojándoles de la falsa que en su orgullo se atribuyen o de que la torpe lisonja los reviste.

Y no hay para qué decir si esto es indispensable y hasta salvador en un país, víctima desde hace muchos años de las ambiciones personales y de demasías que han acarreado la deplorable turbación que hoy se advierte en las ideas y aspiraciones generales.

"EL DIA DE AMERICA"

Hoy, doce de octubre, es cumpleaños del Nuevo Continente.

Hoy hace tantos años cuantos van transcurridos desde el doce de octubre de 1492 hasta este día, que nació el Nuevo Mundo para la Historia de la Civilización y de la humanidad occidental.

En aquellas horas indecisas de la noche que convienen a la consumación de un acontecimiento extraordinario, porque simbolizan el tránsito de un día a otro día, distinguió en el espacio el ojo seguro de Colón, la luz que su razón profética había estado viendo en la soledad de la creencia combatida.

La luz afirmaba una realidad; la realidad científica que Colón había sostenido en vano: La Tierra es redonda.

Si no hubiera sido por esa convicción científica, el navegante genovés no hubiera emprendido su pavoroso viaje, ni llegado a un término de viaje tan incalculablemente superior al que se había propuesto, como era superior a la noción teológica del mundo, la noción positiva que lo había impulsado, sostenido y dirigido.

Sí: la Tierra era redonda como es, y por eso llegó Colón a donde no pensaba. Partiendo de oriente hacia occidente la misma redondez del planeta le hubiera

llevado a la parte de oriente que buscaba: Colón había calculado bien, y sin duda alguna habría llegado a la India, si entre el punto de partida y el de término no hubiera habido un continente. Mas como, a pesar de Colón y los cosmógrafos, que creían un tercio menos de lo que es en realidad el diámetro de la Tierra, podía caber un continente en el espacio que el error de ellos suprimía, América estaba en su puesto y cortaba el paso al navegante.

Así fue cómo su fe en una verdad científica hizo a Colón el descubridor de dos trascendentes realidades: la una, el diámetro verdadero del planeta; la otra, el mundo nuevo que tantas verdades estaba llamado a proclamar, tantas novedades llamado a establecer, con tanta ciencia llamado a mejorar el orden material, con tanta cantidad de conciencia llamado a transformar el orden político y social.

Mañana, cuando esa nación de Europa se apodere del centenario del Descubrimiento para hacer alardes a que tan propicias son la vanidad y la necedad de las naciones, estallará sin duda en el mundo de los propagadores de ruido, aquel siempre póstumo, siempre tardío concierto de alabanzas que recompensa en la Historia los sacrificios de una vida: tiempo será entonces de hacer de Colón lo que no fue: hoy nos baste pensar de su grandeza que fue tanta, que nos dio un mundo nuevo cimentado en la Verdad. Y tomando como base de juicio la idea de que el descubrimiento de América se debe a la Verdad, consagremos el aniversario del nacimiento a pedir rápida cuenta del empleo de su vida a nuestra patria inmensa.

I

Lo primero que la historia del Continente nos señala con su índice, es la diferencia de vida resultante de la diferente aplicación de la Verdad, que se ve en la formación, desarrollo y existencia de las dos grandes porciones que geográfica e históricamente lo constituyen.

Mientras la una empieza por adoptar el régimen municipal y regional que conviene a una soberanía más exacta que la establecida en Europa, la otra fracción se somete a todos los errores políticos y administrativos que importó de Europa. En tanto que la una continúa la evolución del libre examen hasta llegar con los católicos de Maryland a la libertad de cultos y con los disidentes de Rhode Island a la separación de las órdenes temporal y espiritual, la otra fracción obedeció tan pasivamente a la contrarrevolución religiosa y filosófica, que ni siquiera se espanta de que le traigan la Inquisición. Al paso que la una rompe la atadura que embarazaba su desarrollo, y el mundo le es deudor de la democracia representativa, la más elevada concepción política y el régimen jurídico más poderoso a que los hombres han llegado, la otra fracción se hace independiente de una metrópoli incapaz, para hacerse dependiente de los errores políticos en que la había imbuido el coloniaje, y de las incoherencias doctrinales que resultaban alternativa o simultáneamente de la mala influencia de la Revolución Francesa y de la mal aprovechada influencia de la Revolución Americana. Una fracción, pensando en los deberes y en las responsabilidades de su desarrollo, reacciona previsoriamente contra el exclusivismo, sacrifica leyes, instituciones, costumbres, modos ya tradicionales de su existencia colonial, y fabrica en la Federación la unidad nacional más extensa, más vigorosa, mejor articulada y más llena de fuerza orgánica que

tiene el mundo: la otra fracción rompe la unidad tradicional a que durante más de tres siglos había vivido sometida, y en vez de labrar con ella la base de una existencia una y varia, nacional y regional, fabrica una porción de nacioncitas sin vigor, que están predestinadas por su propio origen y por la misma necesidad de su existencia colectiva, a pasar por vicisitudes perturbadoras, antes de encontrar la base de equilibrio y de reposo que en el primer momento malograrón.

II

No obstante la diferencia de conducta, desarrollo y carácter que se patentiza en la vida particular de cada una de las fracciones del Continente, comunes a ambos son los más trascendentales beneficios que debe la Humanidad al descubrimiento del Nuevo Mundo, puesto que del nacimiento de ese mundo nuevo se han derivado las transformaciones que desde entonces ha estado realizando la Civilización.

Si oportuno es este aniversario para indicar severamente las faltas de la gran vida colectiva que empezó en 1492, oportuno sea para enumerar con sobrio regocijo los bienes con que nuestro Continente de Colón ha contribuido al desenvolvimiento físico e intelectual de la Humanidad.

Así completaremos el examen de conciencia con que debemos consagrar éste y todos los grandes días de la patria continental.

III

En el momento de aventurarse el Descubridor en las "tinieblas" del Atlántico, este camino de la civilización yacía desierto. La humanidad no había sabido utilizar la fuerza civilizadora que, en el plan de la naturaleza, era él, como son todos los océanos. Tan pronto como Colón lo recorrió, el Atlántico fue un elemento de civilización. Este, el primero de los grandes beneficios con que saludó América a la Historia, desde el primer momento equivalió a un aumento de fuerza física para la Humanidad.

La aplicación, en grande escala, de la brújula, que sólo había servido para tímidas experiencias de los chinos y para ineficaces experimentos de los mareantes del Mediterráneo; el examen de la desviación de la brújula, que substancialmente equivalió al descubrimiento del Polo magnético; la forma esferoidal del planeta y su diámetro efectivo, beneficios inmediatos son que, con sólo nacer para la Historia, hizo a la ciencia el Nuevo Continente. Y como todas las varias consecuencias, así del orden material como intelectual, así sociales como religiosas, que han tenido en la vida humana aquellas verdades, son bienes reales para el Hombre, bienes han sido y son que debe a América.

La afectividad no debe a continente alguno el noble desarrollo y la portentosa cantidad de materia poética y estética que debe al Mundo Nuevo, donde una raza inocente es víctima de su inocencia en las Antillas; donde una raza, generosa por realmente valerosa, perece, defendiendo su inteligente civilización, en Méjico; donde una raza benévola llora todavía, en las altiplanicies de los Andes bolivianos y peruanos, la asombrosa civilización a

que quichuas y aymarás habían llegado bajo la conducta de los Incas; donde el prototipo del aborigen, el nobilísimo araucano, personifica con épico heroísmo la fuerza de resistencia opuesta a la invasión de hombres, instituciones, costumbres y gobiernos desconocidos, junto con la rápida apropiación de medios y recursos de ofensa y de defensa, para sostener su inquebrantable independencia.

El arte, que sigue en Europa manoseando formas viejas y manipulando estrechos moldes, tiene en la ante-historia, en el Descubrimiento, en la Conquista, en el Coloniaje, en la Independencia, en la variedad de razas, en la diversidad de tipos, en la compenetración de lo nuevo por lo viejo, en la transformación de lo viejo por lo nuevo, en la grandeza imponente del escenario y en el espíritu nuevo del actor, los elementos de una lírica descriptiva y subjetiva; de una dramática social o familiar, de una épica narrativa o filosófica que, una vez reunidos e incorporados por cultivadores profundos de cada una de esas ramas de la poesía, darán a la dulce admiración del mundo y a la plácida complacencia de la humanidad futura, una poesía completa, no sólo porque recorrerá toda la variedad de formas y toda la variedad de géneros, sino porque la materia poética que está obligada a manejar y transformar, por ser más humana, es más universal.

Tres razas madres, la autóctona, la conquistadora y la africana, han regado con su sangre el Continente y han peleado y pelean en él la durísima lucha de la vida; y las otras dos ramas de la especie humana que en un principio no habían tomado parte en las agitaciones de nuestra vida, vienen, representadas por el paria de la India (el coolie) y por el desheredado de la China, a poblar de lamentos nuestra atmósfera. Los dolores de la raza aborígena, exterminada en las Antillas, peor que exterminada, envilecida y azotada en el Continente, desde los hielos del Canadá y las praderas del Far West hasta las soledades del Amazonas y las pampas de la Patagonia; las inquietudes de la raza civilizadora, responsable de una nueva civilización en el Norte, enferma de pasado en Centro y Sur; las angustias de la raza etiópica, así cuando gime bajo el látigo y la cadena del esclavo, como cuando la hacen solidaria de una civilización que no comprende; las agonías del paria y del chino, condenados a incesante trabajo, como la hormiga, y sañudamente perseguidos porque desarrollan en su trabajo barato las virtudes de la hormiga, no piden otra cosa que un alma verdadera de poeta, que condense en su sollozo el vario lamentar de esa humanidad adoptada por América, para producir la lírica más bella, más profunda, más racional y más humana.

La dramática miseranda que los dramaturgos europeos están reduciendo a crítica rimada de las malas costumbres europeas o a comentarios versificados de artículos de códigos penales, nacerá más persuasiva, más convincente, más ejemplar que fue en boca de los grandes poetas cómicos de China, Grecia, Roma, España, Francia, Inglaterra y Dinamarca: más lúgubre y patética que la hicieran Esquilo o Shakespeare, cuando haya en el Continente un poeta tan profundamente objetivo que reproduzca exactamente la completa realidad social del Continente; y tan noblemente subjetivo, que cuando salgan los personajes a la escena, se vea que salen de su conciencia.

Sin duda fueron grandes motivos épicos la evolución de la raza helénica que Homero o los homéridas cantaron; sin duda que fue grande el prototipo

nacional que cantó el épico de Roma; sin duda que Allighieri, al consignar en su Divina Comedia las evoluciones luctuosas de la Edad Media de Italia, consagró el pensamiento épico de una edad entera; sin duda que las luchas de las dos personificaciones soberanas del mal y el bien fueron una concepción épica tan sublime como el sublime ciego que le dio forma en *Paradise Lost*; sin duda que Klopstock acertó con una de las transformaciones más épicas de la sociedad occidental, cuando concibió y dio cima a la *Cristiada*; sin duda que los dos poemas dramáticos, de Goethe el más bello, de Byron el más épico, corresponden a la misma épica congoja del espíritu individual en todo tiempo; sin duda que, por encima de todos esos poemas, se levanta, como en la soledad ardiente del desierto líbico se eleva la pirámide de Cheops, aquella construcción monumental del Ramayama o aquella colosal conglomeración épica del Mahabarata; pero un día será cierto en la Historia de la Literatura universal, que el Descubrimiento, la Independencia, la vida compendiada de toda la humanidad en América y el ideal americano de una civilización universal, son elementos épicos tan superiores a todos los utilizados por los poetas épicos de Europa y Asia, como es más humana, más extensa, más completa la vida del Nuevo Continente.

Ya, aún sin llegar a completo desarrollo el embrión poético de América, Heredia, Bello y Matta, han comprendido la lírica descriptiva, como ningún europeo contemporáneo; Longfellow, Guido Spano y J. J. Pérez se han lanzado a la verdadera fuente de inspiración lírica, a llorar los dolores de la familia humana avecinada en América o nacida en ella; Olmedo encontró una personificación épica de América; y Ercilla, el buen Ercilla, la mejor personificación de las virtudes del carácter ibérico, empezó a realizar en *La Araucana*, la más justiciera de todas las concepciones épicas, uno de los fines que el poema debe realizar, no el endiosamiento de una familia humana, sino el entronizamiento de la justicia.

IV

Los servicios que, con sólo ser venero de materia poética y estética, ha hecho a las Bellas Artes el Nuevo Continente, no pueden todavía pesar tanto en la gratitud del mundo, como los servicios que le ha hecho con la aplicación del vapor al movimiento, con la aplicación de la electricidad a la comunicación del pensamiento y los sentidos, o con la omnimoda aplicación de las ciencias a las artes de la vida, y es natural que estos servicios materiales sean mejor apreciados que aquellos servicios intelectuales y morales.

Pero lo incomprensible es que no sean en general bien apreciados los dos mayores beneficios que el Nuevo Continente ha hecho al porvenir de la Humanidad.

Esos dos beneficios, complemento el uno del otro, coinciden tan exactamente con el probable destino del Hombre en el planeta y con la secular tendencia de su naturaleza, que harán de América el centro de gravedad del mundo, el fundamento de todas las civilizaciones, el seno común de la Humanidad del porvenir.

Esos dos beneficios son el descubrimiento del océano Pacífico y el

descubrimiento de la Federación.

El descubrimiento del Pacífico fue como un símbolo de la vida; la Federación fue como la expresión orgánica del símbolo. El camino del Pacífico era el camino del ideal americano; la fusión de las razas en una misma civilización. La Federación era la meta del ideal del Nuevo Mundo; la unión de todas las naciones.

Sean todos los doce de octubre, día de conmemoración de ese ideal.

AYACUCHO

Cuando el tiempo haya pasado por encima de la leyenda, y destruídola; cuando al irreflexivo vivir de sociedades que se forman, haya sucedido el vivir reflexivo de sociedades ya formadas; y los hombres y las ideas, los acontecimientos y los principios, los medios y los fines, las causas y los efectos tengan el valor limitado que la razón colectiva les dará, en vez del ilimitado, exclusivo, apasionado e inseguro que les da la fantasía individual; cuando empiece para la América colombiana la existencia completa, de total desarrollo de sus fuerzas físicas morales y mentales; de armónica consideración de su pasado, su presente y su futuro; en pocas palabras, cuando pueda haber historia de América, Ayacucho será más que una gloria, será un servicio.

Dejará de ser una gloria de estos pueblos para ser un servicio de la humanidad. Dejará de ser un hecho para ser un derecho. Dejará de ser una promesa, para ser un compromiso.

I

El ideal cristiano no cabía en la unidad católica, y la rompió. El ideal social no cabía en la unidad monárquica, y la rompió. El ideal del progreso no cabía en la unidad territorial, y la rompió.

Cada uno de estos rompimientos era una necesidad, es una gloria, y será un adelanto del espíritu humano. A cada uno de ellos ha correspondido una revolución, una evolución y una conquista.

El sentimiento religioso produjo la revolución protestante en Alemania, en los Países Bajos, en Suecia, en Inglaterra y Francia; la evolución filosófica de las sociedades europeas, la conquista de la independencia para la conciencia y la razón universal. El rompimiento político produjo la revolución inglesa y la Revolución Francesa, la evolución de la sociedad europea hacia un estado social basado en el trabajo, en la justicia y en la libertad; la conquista de los derechos individuales. El rompimiento territorial produjo una revolución

colonial en Norte América y otra revolución colonial en Sudamérica; la evolución de las sociedades coloniales hacia la posesión absoluta de sí mismas; la conquista de la independencia territorial, la política y social.

Los rompimientos europeos eran una necesidad, porque sin libertad no hay vida, y, esclavitud en su conciencia, en su voluntad y en sus afectos, Europa moría encerrada en las tres unidades de religión, de rey y de régimen despótico. Son una gloria, porque todos ellos han ejercitado las facultades más activas, los sentimientos más generosos, la voluntad más sana de los pueblos.

Serán un progreso, porque de todos ellos se producirá, se está produciendo una humanidad más inteligente, más concienzuda, más moral.

Los rompimientos americanos eran una necesidad, porque sin independencia no hay dignidad, y América moría en la indignidad de una dependencia sofocante.

Son una gloria, porque todos esos rompimientos han puesto en actividad las fuerzas poderosas, los deseos sacrosantos, las ideas reformadoras de una humanidad más joven, sana, renovadora, que ha traído nuevos factores a la sociedad, nuevos principios a la moral, nuevos problemas a las ciencias políticas y naturales, nuevos estímulos a la civilización, nueva savia a la vida universal.

Serán un progreso, porque el día en que esos rompimientos hayan elaborado las consecuencias radicales que buscaban, la civilización fijará sus reales en el Nuevo Continente, y siendo esa civilización más completa, más humana, por ser más completa, la humanidad vivirá mejor que ha vivido, la ciencia tendrá más horizontes que descubrir, la conciencia más leyes que acatar.

II

Para romper la cadena que ligaba una sociedad naciente a otra sociedad agonizante; para hacer dueños de Colombia a los colombianos; árbitro de su destino al continente colombiano; posesión de la industria y del trabajo libre a la tierra esclavizada; tribunal de su fe a la conciencia individual; juez de todo, hombre sin Dios, naturaleza y sociedad, a la razón humana; organismo de derecho a la libertad individual, organismo de libertades al derecho social y nacional; sistema científico a las instituciones políticas, administrativas y económicas; sistema filosófico a las instituciones sociales y morales; para unir a todas las razas en el trabajo, en la libertad, en la igualdad y en la justicia; para ligar todos los pueblos de una raza, de una lengua, de una tradición, de unas costumbres, para eso fue Ayacucho.

III

Ayacucho no es el esfuerzo de un solo pueblo; es el esfuerzo de todos los pueblos meridionales del Continente; no es el resultado de una lucha parcial, es el resultado de una lucha general; no es la victoria de un solo ejército, es la victoria de todos los ejércitos sudamericanos; no es el triunfo militar de un solo capitán, es el triunfo intelectual de todos los grandes capitanes, desde la

fantasía fascinadora que se llamó Bolívar hasta la conciencia impasible que se llamó San Martín; no es el campo de batalla de peruanos y españoles, es el campo de batalla de América y España; no es la colisión de dos contrarios, es la última colisión de un porvenir contra otro porvenir; no es la batalla de una guerra, es la batalla decisiva de una lucha secular.

A los ojos de una historia filosófica, Ayacucho empezó en 1533. A los ojos de la crítica, Ayacucho empezó en 1810. Sólo a los mal abiertos de la narrativa empezó y acabó el 9 de diciembre de 1824.

1533-1810-1824, tres cifras que compendian la historia colonial de Sudamérica; proporción aritmética que sintetiza una proporción social, política, moral e intelectual. 1533 es a 1810, como 1810 es a 1824, porque la conquista aniquiladora debía producir una revolución proporcional a ella, y la revolución debía un triunfo proporcional a sus inmensos fines.

La civilización, que necesitaba más espacio, descubrió un nuevo mundo. Entregó a España medio mundo, y en vez de civilizarlo, de educarlo, de prepararlo para su altísimo destino, España lo oprimió. Esta es la historia de 1533 a 1810. El progreso, que por medio del vapor, iba a disminuir el espacio, y por medio de la electricidad iba a anularlo, necesitaba sociedades nuevas para impulsos nuevos y reconquistó de España el medio mundo que erróneamente le había confiado.

La historia que empieza en las aventuras de Ojeda, de Pinzón, de Juan de la Cosa y de Ponce de León; en el épico descubrimiento del Pacífico; en el incendio heroico de las naves y en las dramáticas astucias de Tlaxcala; en el pacto ridículo-sublime de Pizarro, Almagro y Luque, dos soldados, un fraile y ningún hombre; en la escena grandiosa de la isla del Gallo; en la sangrienta traición de Cajamarca; en la exploración monumental de Gonzalo Pizarro; en el descubrimiento casual de Valdivia; en la matanza universal de indios, en la feroz imposición de una creencia; en la voraz avidez de plata y oro; en el quinto real, en los diezmos, en la capitación, en la mita, en las encomiendas, en los acotamientos, en las misiones, en la substitución del esclavo indio con el africano esclavo, en el privilegio de castas, en el monopolio de empleos y funciones; la historia que empieza en la lucha latente de todos los elementos sociales, que es igual a sí misma desde 1492 hasta 1870, siempre opresión, siempre opresión, siempre opresión, debía producir una revolución total y un triunfo universal.

Produjo la revolución total. Desde Méjico hasta Chile, desde el Plata al Orinoco, desde el Misti al Chimborazo, desde Bogotá hasta Guatemala, desde el territorio que pueblan los mosquitos hasta el que recientemente ha inmortalizado el heroísmo de la raza guaraní.

Produjo el triunfo universal. De naciones, de razas, de principios, de derechos, de moral, de justicia, de igualdad, de libertad.

Y para que las cifras correspondan absolutamente al movimiento que simbolizan, y para que las consecuencias de 1824 equivalgan a los principios de 1810 y a la premisa de 1533, el triunfo fue en un día, en un lugar y para todos, como de todos había sido en trescientos lugares y en trescientos años

de opresión.

IV

Ayacucho es, pues, más que una gloria de estos pueblos, más que un servicio hecho al progreso, más que un hecho resultante de otros hechos, más que un derecho conquistado, más que una promesa hecha a la historia y a los contemporáneos de que los vencedores en el campo de batalla eran la civilización contra el quietismo, la justicia contra la fuerza, la libertad contra la tiranía, la república contra la monarquía; Ayacucho es un compromiso contraído por toda la América que dejó de ser española en aquel día.

Venezolanos y argentinos, neogranadinos y peruanos, ecuatorianos y chilenos, mejicanos y antillanos, llaneros, gauchos, pastusos, cholos, federalistas, unitarios, conservadores, radicales, los combatientes del primer día en Angosturas, en Carabobo, en Casanare, en San José, en Cataguata, en San Lorenzo; los combatientes de los últimos días, en Ríobamba, en Pichincha y en Junín, cuantos elementos etnográficos, políticos, militares y morales constituían la sociedad americano-colombiana, todos estuvieron unidos, confundidos, hermanados en la hora suprema de Ayacucho: todos derramaron su sangre generosa, todos tomaron el paso de triunfadores, en nombre de la independencia de toda la América latina, y a la voz de un sentimiento unánime: la unión perpetua de los pueblos aliados por la desgracia y la victoria. Si nadie hubiera dicho en aquel día que aquella primera aurora de la independencia era también la primera de la confederación, el mundo y la historia, la necesidad y el interés lo habrían dicho.

Los dos pueblos que empezaron la tarea gloriosa, antes de concluirla para sí, la emprendieron en favor de sus hermanos. Aún no era independiente Venezuela, cuando ya combinaba sus fuerzas con las de Nueva Granada, y, después de aniquilar las españolas al partido peninsular, que se rehacían, emprendió su marcha triunfal hacia Caracas. Aún era insegura la independencia de las provincias unidas de la Plata, cuando ya los granaderos de a caballo y los artilleros de los Andes acompañaban desde Cuyo a los emigrados chilenos, y en Chacabuco y en Maipú, les devolvían la patria.

¿En qué pensaban los dos hombres más poderosos que creó la revolución? En la revolución total de todos los pueblos colombianos y en la unión como efecto de la lucha.

Cuando los más firmes vacilaban, y toda Venezuela sometida se abandonaba al dolor de una impotencia, los pocos que huían con Bolívar, declararon demente al grande hombre. ¿Por qué? Porque fijó su espíritu en el fin predominante, se olvidaba del presente por antever el porvenir, y desde aquellos días tenebrosos, vislumbraba los radiantes días en que, emancipadas del yugo común por su común esfuerzo, todas las sociedades colombianas, todos sus gobiernos formaran una liga permanente.

Cuando alboreaban para él los días de triunfo, ¿por qué se sustrajo San Martín al triunfo, y dimitió el mando del ejército argentino, y se retiró a Cuyo, y vivió en solitaria incubación de su ideal? Porque aquel espíritu sano, quizá el más sano de cuantos produjo aquella revolución desinfectante, buscaba el

triunfo de su idea, pensaba en América más que en sí, quería la dilatación de Buenos Aires a Chile y al Perú, y comprendía, como Bolívar, que sólo la independencia de todos era seguridad para la independencia de cada uno de los pueblos, que sólo de la unión de todos ellos surgirían la estabilidad, la libertad y la paz.

¿Por qué se confederaron Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador? ¿Por qué se ligaron el Perú y Bolivia? ¿Por qué se unieron las cinco repúblicas centrales?

¿Qué grande hombre, estadista o guerrero, poeta o pensador, produjo aquella salvadora convulsión, qué grande hombre, para quien no fuera ideal el más amado la confederación de los gobiernos y de todos los pueblos colombianos?

¿A qué voz del sentimiento, a qué estímulo del pensamiento respondían más enérgicamente estos pueblos, que al estímulo y a la voz persuasiva de la unión?

La misma Europa, que apenas se había incorporado en su lecho de espinas para celebrar y venerar el movimiento de estas sociedades, ¿por qué se electrizó con la electricidad que comunica toda idea sublime, cuando oyó que los pueblos recién desuncidos del yugo español se congregaban para pactar su unión en Panamá? Porque la idea salvadora de la unión era sublime, porque el hecho que el Congreso realizaba era sublime.

V

Y sin embargo, hoy, 9 de diciembre de 1870, cuarenta y seis años después de la batalla de América contra España, el triunfo de aquella batalla no es completo, el compromiso contraído en el campo de Ayacucho por todos los pueblos en él representados, no se ha cumplido todavía. ¡Todavía no hay una Confederación Sudamericana! ¡Todavía hay pueblos americanos que combaten solitariamente contra España! ¡Todavía hay repúblicas desgarradas por las discordias civiles! ¡Todavía no tienen fuerza internacional las sociedades y los gobiernos colombianos! ¡Todavía puede un imperio atentar alevemente contra Méjico! ¡Todavía puede otro imperio destrozarnos impunemente al Paraguay!

En tanto que esto suceda, imperativamente os lo ordena la conciencia americana, celebradores de Ayacucho, no, no celebréis la victoria sacrosanta.

Enlazados los pueblos que ella creó definitivamente, encaminándose unidos hacia el porvenir, tienen derecho; separados, ¡no! Aquélla no fue la victoria de una u otra parcialidad del Continente, fue la victoria suprema de toda la América, y sólo cuando la política obedezca a la geografía, la realidad a la necesidad, la consecuencia a la premisa, sólo entonces será lógico el sagrado regocijo.

Entonces el Continente se llamará Colombia, en vez de no saber cómo llamarse; en vez de ser la patria de peruanos, chilenos, argentinos, mejicanos; cada república, independiente en sí misma, concurrirá con todas las demás al gobierno internacional de todas, y el poder exterior que no ha logrado crear la

fuerza individual de cada una de las naciones constituidas, lo impondrá eficazmente la fuerza colectiva.

Entonces, cumplido el compromiso, será un derecho el aniversario de Ayacucho; entonces, la historia vigilante, contemplando en la confederación permanente de la paz el resultado de la confederación momentánea de la guerra, verá que es buena, e inscribirá la fecha de Ayacucho entre las solemnidades de la religión infalible del progreso.

EL CHOLO

El Nuevo Mundo es el horno donde han de fundirse todas las razas, donde se están fundiendo.

La obra es larga, los medios lentos; pero el fin será seguro.

Fundir razas es fundir almas, caracteres, vocaciones, aptitudes. Por lo tanto, es completar. Completar es mejorar.

La ciencia que se ocupa de las razas, Etnología, está dividida en dos campos: el de los pesimistas y el de los optimistas. Como de costumbre los pesimistas son tradicionalistas, autoritarios, protestantes del progreso. Los optimistas son racionalistas, liberales, creyentes del progreso.

Los etnólogos pesimistas sostienen que fundir es pervertir; fusión de razas, perversión de razas. Se funden los elementos malos □ dicen

Los etnólogos optimistas afirman que fusión es progresión. Se funden los elementos buenos □ aseguran.

El efecto producido fue de vivo interés.

Era indudable que aquel hombre era el tipo de un cruzamiento, el ejemplar de una mezcla, el producto de dos razas.

¿En dónde estaban las razas productoras de él?

Me fijé en el alma de la cara, me fijé en los ojos. Perplejidad completa. El ojo negro es común a los indios y blancos. Pero si los ojos son el alma de la cara y el alma es expresión del individuo, en esos ojos, negros como los ibéricos □ me dije □, debe haber algún distintivo. Lo había; la mirada, melancólica, como la vida soñadora de los pueblos primitivos, como las ideas de los

pueblos conquistados, como los sentimientos de las naciones que lloran grandezas, ya pasadas, era símbolo vivo de la raza indígena. Aquella mirada contaba, sin saberlo, la historia desesperante de los indios. La raza india predominaba en los ojos.

Los primeros argumentan en hechos arbitrarios. Hacen abstracción de circunstancias sociales y políticas, aíslan al hombre de las influencias físicas, morales e intelectuales que pesan sobre él, y triunfan de la irreflexión, gritando: "Los mestizos son débiles de cuerpo y alma dondequiera que hay mestizos".

Un etnólogo racionalista argumenta con la razón. Prescinde del hecho del momento, lo atribuye a las circunstancias que lo determinan, lo liga a las influencias, sociales, políticas, económicas, morales, que lo crean, y triunfan de la reflexión diciendo: "Los mestizos serán, aunque hoy no sean, el conjunto de fuerzas físicas y morales de las razas madres".

América deberá su porvenir a la fusión de razas; la civilización deberá sus adelantos futuros a los cruzamientos. El mestizo es la esperanza del progreso.

Y al primero que vi, lo contemplé con aquella reverencia cariñosa que tiene mi alma para todo lo que puede ser un bien.

El primero que vi era un cholo recién exportado de la sierra.

Era un hombre como los mil que se ven por esos valles. Estatura regular, musculatura enérgica, cráneo desarrollado, frente ancha, ojos intensamente negros, pómulos salientes, nariz aguileña, boca grande, cabellera abundante, barba rara, color bronceado, actitud indecisa entre humilde y soberbia; aspecto agradable. No era bello pero era sano.

¿Cuál de las dos predominaba en la frente? La raza europea.

El ángulo facial del indio es más agudo, los senos de su frente menos bastos, la depresión de sus sienes es mayor.

El indio reaparecería en los pómulos. En la nariz, el europeo. El color denunciaba la raza americana; el contorno del cráneo, a la caucásica.

Estaba inquieto.

En todo problema social busco yo el triunfo de la justicia: no concibo el triunfo de la justicia en el Nuevo Continente sino mediante la rehabilitación de la raza abrumada por la conquista, envilecida por el coloniaje, desamparada por la Independencia, y esa rehabilitación me parece imposible en tanto que la fusión no dé por resultado una raza que, poseedora de la inteligencia de los conquistadores, tenga también la sensibilidad de los conquistados y aquella voluntad intermedia, enérgica para el bien, pasiva para el mal, producto de una gran inteligencia y una gran sensibilidad que puede darse por la fusión de los caracteres definitivos de las razas europeas y la americana.

Para mí, el cholo no es un hombre, no es un tipo, no es el ejemplar de la raza;

es todo eso, más una cuestión social de porvenir.

Si el cholo, en el cual predominan las cualidades orgánicas de la raza india, la gran cualidad moral de esa noble raza, abatida pero no vencida por la conquistadora, abrumada pero no sometida por el coloniaje, desenvuelve la fuerza intelectual que ha recibido de la raza europea, el cholo será un miembro útil, activo, inteligente, de la sociedad peruana; mediador natural entre los elementos de las dos razas que representa, las atraerá, promoverá aún más activamente su fusión, y la raza intermedia que él anuncia, heroicamente pasiva como la india, activamente intelectual como la blanca, alternativamente melancólica y frívola como una y otra, artística por el predominio del sentimiento y de la fantasía en ambas razas, batalladora como las dos, como las dos independiente en su carácter, formará en las filas del progreso humano, y habrá reparado providencial las iniquidades cometidas con una de sus razas madres.

Entonces, los cholos, sin dejar de ser aptos para la guerra justa, dejarán de ser instrumentos de guerra; sin dejar de ser sencillos, dejarán de ser esclavos de su ignorancia y candor.

Entonces no se regalarán cholos como se regalan chotos, y el hijo de un hombre será más respetado que el de un toro.

Para eso ¿qué debe hacerse?

Lo que siempre, seguir a la naturaleza.

Ella ha mezclado las cualidades orgánicas, morales y mentales, de tal modo y en tales proporciones, que el producto de las razas cruzadas tenga todos los elementos buenos de ambas; pero el carácter interior y el aspecto exterior de la raza que más ha padecido.

Educar, desarrollar por la educación esas cualidades, secundar los esfuerzos de la naturaleza, preparar para su próximo destino al que ha de ser pueblo de esta sociedad, ése es el deber.

Hoy no se cumple.